



La “izquierda política” en América Latina: el “Lulismo” en Brasil y la “Izquierda” en el Uruguay

*Carlos Gadea**

Resumen

El presente trabajo analiza la experiencia de gobierno en Brasil del Partido de los Trabajadores (PT), bajo el liderazgo de “Lula” da Silva, y la experiencia del Frente Amplio en el Uruguay, ambas signadas por su encuadramiento en una histórica cultura política particular. El accionar político de la izquierda en Brasil bajo lo que se conoce como “lulismo”, y aquél protagonizado por la izquierda política en Uruguay, son objeto de reflexión en el presente artículo, procurando revelar cómo se han sustentado en prácticas políticas tradicionales y con escasa transformación sociopolítica en ambos países. El caso de Uruguay es más sintomático, aún, de esta constatación.

Palabras clave: Izquierda política, Brasil, Uruguay, cultura política, lulismo, Frente Amplio.

Recibido: 28-06-2012/ Aceptado: 15-02-2013

* Universidade do Vale do Rio dos Sinos (Unisinós) São Leopoldo, Brasil.
E-mail: cgadea@unisinós.br

The "Political Left" in Latin America: "Lulism" in Brazil and the "Left" in Uruguay

Abstract

This study analyzes the government experience in Brazil of the *Partido dos Trabalhadores* (PT) (Workers' Party), under the leadership of "Lula" da Silva, and the experience of the *Frente Amplia* in Uruguay, both framed in a particular historic political culture. The political actions of the left in Brazil under what is known as "Lulism" and those protagonized by the political left in Uruguay are the main subjects for reflection in this article, which seeks to reveal how they have been supported by traditional political practices with little socio-political transformation in both countries. The case of Uruguay is the most symptomatic in this comparison.

Key words: Political left, Brazil, Uruguay, political culture, Lulism, *Frente Amplio*.

Introducción

Es necesario observar las características históricas y las prácticas concretas de la actuación política de un país para poder comprender el sentido y significado de lo que se puede definir como "izquierda política". Existe un "repertorio cultural" que denota comportamientos, posicionamientos y prácticas particulares que parecen definir las características de la cultura política de un país. Por ejemplo, quien se proponga analizar las características actuales del proceder político, del discurso y de su concepción sobre el Estado en el Uruguay por parte de la denominada "izquierda política" (se sobreentiende que se trata del Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría) no puede dejar a un lado lo que ha significado la matriz política "batllista". Puede anticiparse, de esta manera, que por momentos esta "izquierda política" no hace más que "resemantizar" la agenda política e institucional del batllismo histórico. Tal vez para la sorpresa de muchos, y en las condiciones históricas actuales, es posible suponer que esta izquierda encarna y da continuidad a la matriz político-institucional de una forma de proceder y de definir las tareas del Estado y a la propia sociedad materializada por el Partido Colorado en su momento de mayor influencia en el país (1905-1929)¹. El Partido Colorado, bajo las presidencias de

1 Ver Gadea (2008) para una ampliación sobre esta posición.

José Batlle y Ordóñez, a comienzos del siglo XX, fue portador de una actuación política que no simplemente amplió derechos sociales y civiles, sino que dio cuerpo y contenido a una estructura estatal que podría ser considerada de vanguardia en la época, iniciando políticas de fuerte carácter social-demócrata². Con esto, una sociedad política antecedió, y hasta parece haber anulado, la configuración de una amplia y heterogénea sociedad civil, sociedad política a la que, inclusive, la izquierda actual parece aferrarse al definir y comprender el sentido de la participación política y la propia ciudadanía.

Mientras tanto, en Brasil asistimos al fenómeno del "lulismo"³. Este ha sido motivo de análisis por parte de muchos investigadores, en la medida que parece "aproximarse" a la matriz "populista" originada bajo las presidencias de Getulio Vargas⁴, o "desvincularse" debido a una gestión política definida como novedosa y particular. De hecho, la pregunta que muchos se han planteado es si los mandatos del presidente Lula (Luiz Inácio da Silva) se pueden entender como propios de un "neo-populismo" con ciertas facetas de "desarrollismo social" o, por el contrario, como una práctica política que ha innovado en el campo político tradicional. Creemos que las dos interpretaciones tienen validez empírica y que el "lulismo", en todo caso, no podría haber emergido ni legitimarse entre la población si no hubiese existido una cultura política en el país que permitiese cierto "culto" a lo que significa un conductor carismático y un líder de masas.

Estas miradas, sin duda, se corresponden con una perspectiva epistemológica acerca del proceder político en la región que descansa en la noción de "larga duración" sobre los procesos históricos (Braudel, 1978). Más allá de anticipar ciertas "novedades" en la práctica de una determinada forma de ejercer el poder desde la "izquierda", lo que se perciben son mucho más "continuidades", la "recuperación" de matrices fundacionales relacionadas a la cultura política de cada región o país. De hecho, los casos de Uruguay y Brasil resultan sintomáticos de esto: la izquierda en Uruguay parece dar continuidad al otrora

- 2 Gestión financiera (creación de bancos), industrial (creación de empresas de energía eléctrica y teléfonos en 1912) y comercial del Estado se constituyó en un elemento definitivo de la relación entre la sociedad y el Estado a comienzos del siglo XX. En el aspecto social, la "ley del divorcio" es del año 1913, la de "ocho horas" de trabajo del año 1915 y la que otorga el derecho al sufragio femenino es del año 1932. Este perfil político-ideológico fue conocido históricamente como "batllismo".
- 3 Analizado en su relación con los movimientos sociales, ver entrevista en Revista Instituto Humanitas Unisinos, IHU, intitulada "Os movimentos sociais e o lulismo" (Gadea, 2010).
- 4 Gobernó en dos períodos, de 1930 hasta 1945, y de 1951 hasta 1954.

Partido Colorado (gran actor en la formación institucional del país), y el "lulismo" en Brasil una "vuelta de tuerca" a un modelo político precedente y originado en el populismo caracterizado por el gobierno de Getulio Vargas. A continuación se plantean algunas interrogantes y respuestas acerca de estos procesos políticos, caracterizados por transformaciones políticas que no derivaron en considerables transformaciones de su "matriz" sociopolítica fundacional.

El "lulismo" y la "dualidad política"

¿Qué es el "lulismo"? En líneas generales, se trata de una práctica de gestión del Estado y de gobernabilidad política que sobrepasa el accionar y la participación política del Partido de los Trabajadores (PT); estructura institucional que asumió como líder histórico indiscutible a un exmetalúrgico nacido en el nordeste del Brasil, Luiz Inácio "Lula" da Silva. Sobrepasa al PT porque no ha sido totalmente esa estructura partidaria la que, aisladamente, ha construido el fenómeno del "lulismo". El "lulismo", como proceso político e histórico, es el producto de una "coalición política" sin precedentes en la historia del país, en la medida que incorporó, de diversas maneras, a una amplia gama de líderes locales menores, a políticos reconocidos de otras estructuras partidarias, líderes de organizaciones y de movimientos sociales activos y a diversos partidos políticos ya actuantes. La viabilidad de su accionar no se hubiese aceitado sin esta "política de los acuerdos" y el establecimiento de un "frente parlamentario" lo suficientemente fiel a las acciones del Poder Ejecutivo. Así, en el nordeste del país, en el estado de Bahia, por ejemplo, "Lula" se fotografió en cálido abrazo con el histórico caudillo de esa región, el octogenario Antonio Carlos Magalhães (conocido como ACM), líder del Partido Frente Liberal (PFL), asumido colaborador del régimen dictatorial en los años 70. Asimismo, el Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), ha sido un enorme aliado al presidente "Lula", tanto que su apoyo cuantitativo en las urnas ha sido de gran importancia para el triunfo electoral. Hoy, su líder, Michel Temer, ocupa la vicepresidencia de la República, en tiempos de la presidencia de la primera mujer electa en Brasil: Dilma Rousseff. No menor ha representado la alianza electoral del PT con el Partido Liberal (PL), aportando la candidatura a la vicepresidencia de la República en la figura de José Alencar, notorio líder de las cámaras empresariales de industrias del país, y que acompañó la fórmula presidencial en las dos oportunidades que "Lula" gobernó.

Por otro lado, el "lulismo" no puede comprenderse sin considerar la importancia del gesto político representado por la aglutinación de poderes en una figura política y social carismática, que reúne y mezcla de manera aleatoria aquellas tipologías históricas de liderazgos políticos (el caudillo, el líder sindical, el "coronelismo") con estereotipos individuales y sociales existentes en el imaginario de la heterogénea cultura nacional (el trabajador urbano, el esforzado migrante que llega a San Pablo, el que "habla como el hombre común", el "simpati-

zante de un club de fútbol"). Aquí radica gran parte de su éxito político y de su popularidad, mucho más innegable entre las camadas sociales menos favorecidas. Quizás, por estas razones, una suerte de "hibridismo político" se materializa con este proceso tan particular: el "lulismo" parece estar a medio camino entre los populismos clásicos y las socialdemocracias con rostro pragmático. Sobre esta "dualidad" identitaria se nutre y define el fenómeno del "lulismo".

Si ahondamos en él, algunas particularidades se pueden entrever. Primeramente, que se trata de un fenómeno urbano e industrial, ya que ha sido perceptible que todas sus políticas económicas y sobre desarrollo han dado la espalda al mundo rural. No se realizaron movimientos de ningún tipo para implementar la tan anhelada "reforma agraria" para muchos "sin tierra", así como una multiplicidad de conflictos ambientales no dejaron de aparecer, fruto, sin duda, de la carencia de una clara política ambiental para el país⁵. Como alternativa al campo, el "lulismo" dio claro apoyo a los denominados "agro-negocios", en los que la organización industrial y el negocio agroalimentario condicionaron la estructura de la propiedad de la tierra y una dinámica novedosa de comercialización de productos oriundos del medio rural.

Asimismo, el "lulismo" se manifiesta (y como un elemento más que lo torna definido a partir de una "dualidad política"), oscilando entre un aparente "rescate" de lo social y del Estado y los intereses del mercado económico, fortaleciendo el capital privado. A propósito de esto, el ingreso de capital externo de carácter especulativo ha sido de enorme peso, e inclusive el llamado "Programa de Aceleración del Crecimiento" (PAC) parece dar respuesta, también, a demandas de infraestructura y logística en pro de mayores inversiones privadas en áreas centrales para el desarrollo económico. Sin desconocer los aspectos sociales favorables al ingreso al mercado de trabajo de muchos habitantes, no se debe olvidar esta variable nada despreciable.

Pero el "lulismo" ha desarrollado un profundo cambio social y cultural en el país: generó y es alimentado (al mismo tiempo) por la emergencia de una "nueva clase media", denominada "Clase C". Esta "nueva clase" la integran, según la Fundación Getulio Vargas (FGV) de Brasil, aproximadamente el 50% (90 millones) de la población total del país, cuya renta mensual familiar percibida se encuentra entre R\$ 1.064 y R\$ 4.591⁶ (Ricci, 2010). Este crecimiento cuanti-

5 En este sentido, sufre una fractura política importante en el año 2008 con la renuncia de la ministra de Medio Ambiente, Marina Silva.

6 La "Clase A" y "Clase B" (elite económica) tiene renta superior mensual familiar a R\$ 4.591, mientras la "Clase D" gana entre R\$ 768 y R\$ 1.064. La "Clase E" (pobres) reúne familias con rendimientos por bajo de los R\$ 768 (Ricci, 2010: 75).

tativo de la renta familiar y el ascenso social de una significativa parte de la población tiene sus causas, fundamentalmente, en dos factores políticos y económicos claves: el aumento creciente durante los 8 años de gobierno de "Lula" del salario mínimo y la implementación de un abanico de programas de transferencia de renta, como los conocidos "Bolsa Familia", Pro-Uni, Programa "Primer Empleo", así como una ampliación del crédito y políticas de "acción afirmativa" (traducidas en "cuotas" para afrodescendientes para el ingreso a la enseñanza universitaria).

Esta "nueva clase media" la integran, preferentemente, muchos jóvenes menores de 35 años, que han podido realizar una ruptura con historias familiares de exclusión del llamado consumo de masas. Se trata de una ruptura con una generación de familias pobres, que han sido objeto de múltiples dificultades para el acceso al consumo de bienes materiales y, fundamentalmente, simbólicos. Concomitante a esto, esta "nueva clase" no se presenta "politizada" o afecta a ideologías políticas concretas, producto, inclusive, de que sus mayores vínculos sociales inmediatos son comunitarios y familiares, con una inexistente presencia en organizaciones políticas y sociales de diferente tipo. Muy por el contrario, el ámbito familiar y los lazos sólidos de las "comunidades de pertenencia" (sus círculos de sociabilidad inmediatos) se constituyen en fuente única de proyección individual y elaboración de valores culturales y políticos, algo que también puede explicar cierto "conservadurismo popular" típico del sub-proletariado y del trabajo "informal" muy expandido entre un contingente muy expresivo de la población del país. Lo importante es que muchos ya han ingresado al mercado "formal" de trabajo, llevando consigo aquellos valores previamente consolidados propios de la inseguridad y la inestabilidad del mercado "informal". Se trata de individuos competitivos en ese ámbito, que han podido ingresar, crecientemente, al mercado simbólico del consumo personalizado muy fiel al marketing de masas y que, curiosamente, y como manera (tal vez) de poder fundamentar una necesaria solidez existencial e intersubjetiva en su cotidianidad, se presentan como "activos religiosos" (en su mayoría de las ya clásicas iglesias evangélicas y pentecostales). Los valores emanados de esas prácticas cotidianas con una fuerte religiosidad parecen sumarse, paradójicamente, al ávido ingreso al consumo de masas como lógica macro-integradora inherente a políticas sociales propias del "lulismo". En este sentido, el "lulismo" nutre y se alimenta de una ética algo paradójica de, por un lado, el trabajo, y por el otro, el consumo material y simbólico; es decir, de un cierto ascetismo y cultura del esfuerzo individual, en un sentido, y una estética del consumo como "camino a la felicidad", en el otro.

Consecuentemente, el "lulismo" ha incorporado a grandes masas de excluidos al consumo a través de medidas políticas concretas que han permitido la compra a crédito (por ejemplo, automóviles y motos, en este último caso, inclusive, como herramienta de trabajo), el acceso a ciertos niveles de confort propiciados por la adquisición de electrodomésticos y un claro avance en me-

jores niveles en la alimentación y el vestuario. A esto, y de mayor importancia inclusive, se debe sumar una significativa proliferación del consumo de bienes simbólicos: una nueva cultura sobre el ocio (ir al cine, viajar, "salir a comer", frecuentar espacios públicos) y una nueva cultura sobre una alianza entre la educación y la formación profesional. Una pléyade de nuevos cursos "profesionalizantes" se dio cita en espacios antes inexistentes, en "favelas" y barrios carentes, posibilitando el consumo de bienes culturales y educativos con mayor facilidad. Con esto, una mano de obra más calificada ingresa al mercado de trabajo, generando, así, el esperado aumento de la renta familiar, fórmula que el "lulismo" asumió como propio de un manual de "buena política". La "auto-estima" y el reconocimiento intersubjetivo consecuentes son ejemplos de una política económica que incidió en una aparente nueva "política de vida". El afianzamiento de los lazos inmediatos de convivencia y la posibilidad de cada individuo de poder incorporarse a nuevos "círculos sociales" son también consecuencias interesantes de considerar a la hora de analizar el impacto de esta lógica política gubernamental.

No obstante este proceso "macro-integrador", la incorporación de heterogéneas demandas de la ciudadanía a la agenda política del "lulismo" se presentó de manera ambigua. Si nos preguntamos, por ejemplo, cómo ha sido su relación con los movimientos sociales, la respuesta no es del todo sencilla. Por un lado, se desarrollaron muchos convenios entre algunos movimientos sociales con el Estado, siendo el Movimiento de los Sin Tierra (MST) tal vez un claro ejemplo de ello. En forma de partidas presupuestales, aportadas desde diferentes organismos del aparato estatal, estos convenios representaron la incorporación, no del todo transparente, a la maquinaria institucional de muchas de las demandas originadas en los movimientos sociales. La creación de secretarías de gobierno y la presencia de antiguos líderes en espacios políticos estratégicos fue sintomático de este proceso. Sin embargo, muchas de las llamadas "bases" de los movimientos se fueron vaciando, tanto con relación a la militancia, como a las pautas temáticas para ser discutidas por los movimientos sociales. Poco a poco, la agenda política de estos fue perdiendo en intensidad y autonomía, generando un claro desencanto, abandono y frustración en aquellos que habían depositado cierto optimismo político con la llegada de la izquierda al gobierno federal. Muchos de los líderes de movimientos pasaron a convertirse en "intermediarios" entre éstos y el Estado, asumiendo, en muchas ocasiones, tareas de gestión considerables en el gobierno. Esta "absorción" política terminaría ocasionando algo por demás importante: el divorcio paulatino de estos antiguos líderes con sus bases de apoyo de las organizaciones sociales. Aproximándose a la pauta programática y política del gobierno, y convertidos en funcionarios del Estado, pasaron a desempeñar tareas poco visibles, aunque bastante rentables. Mientras tanto, los movimientos sociales, en muchas ocasiones, comenzarían a subordinarse a políticas de tipo compensatorias, re-

cibiendo de instancias estatales considerables partidas presupuestales a cambio de un evidente abandono de su previo anti-institucionalismo.

En conclusión: por más que se haya producido una estrecha relación, una clara intimidad con la administración pública por parte de los movimientos sociales, no se ha percibido ninguna alteración considerable del "verticalismo" y fragmentación de la burocracia estatal, así como, de igual manera, no se ha podido percibir cambios en la propia cultura política brasileña con relación a una efectiva participación y representación política y ampliación de los derechos ciudadanos. Aceitándose el sistema político, permanecería inalterable su matriz histórica.

Por tal motivo, la integración social de masas de marginalizados a través de la ampliación del consumo y de políticas sociales de Estado no supuso una ampliación efectiva de la participación política en la gestión de las acciones de éste por parte de aquellos que habían sido beneficiados. La "dualidad política" del "lulismo" gana aquí dimensiones precisas: la integración social y política supuso, antes que nada, la continuidad de su "matriz" política, no generando grandes cambios sociopolíticos en el país. Parece ser que el "lulismo" estaría encarnando un capítulo más de una dinámica macro-integradora muy semejante a la protagonizada bajo la conocida "modernización conservadora" del país. En definitiva, la incorporación de grandes masas de la población a bienes materiales de consumo y el acceso a diferentes prebendas emanadas de políticas de Estado no fueron acompañados por cambios sociopolíticos significativos, ni por la alteración de una cultura política particular que supusiera el "empoderamiento" político de actores emergentes en el sistema político de país. Esta caracterización supone estar enfrentados a una "dualidad política" constitutiva del "lulismo": incorporación al consumo, sin una necesaria integración al juego político formal de manera autónoma.

"Izquierda" y continuidad política en el Uruguay

Al observarse el devenir político y social de un país como Uruguay, suele comprenderse que su supuestamente eficiente institucionalización política se relaciona con una cultura democrática ampliamente interiorizada. Durante su historia política se ha difundido este capital cultural y social, atribuyéndose esta dinámica a modelos modernizadores y racionalizadores "exitosos". Un Estado que "protege" a sus ciudadanos y una consecuente "sacralización de las instituciones" y de los valores sociales que en ellas se sustentan, parece convertirse en los dos rasgos más sobresalientes de esta cultura presumiblemente moderna. Orgullosos de tal merecedor reconocimiento, los uruguayos tienden a dar solución a los "desajustes" políticos y culturales coyunturales a partir de la eventual "operacionalidad" de sus instituciones, aportándose, de esta forma, otros rasgos igualmente característicos: un acentuado conservadurismo políti-

co y cultural y un excesivo ideal de seguridad, certidumbre y confianza en las instituciones (Rama, 1987).

En la actualidad, esta dinámica institucional y la confianza que le acompaña parecen persistir, aunque con ciertos recelos. La etapa histórica y política iniciada con la llamada "apertura democrática" del año 1985 puede entenderse como portadora de una serie de señales que suelen cuestionar algunos de los postulados histórico-institucionales clásicos; algo que no ha sido nada sencillo, al contrario, bastante traumático. Una crisis económica inédita (de los años 2002-2003) y un paulatino y progresivo deterioro de las condiciones de vida material y cultural han llevado a Uruguay a una disyuntiva institucional compleja, que, asimismo, viene acompañada de una inevitable revisión de su caprichosa y exagerada auto-estima legitimada en la creencia de ser una sociedad democrática, tolerante ante la diferencia y presumiblemente igualitarista.

Ya con la "apertura democrática" a mediados de los años 80, la tradición política y la estabilidad institucional no pueden ocultar ciertos problemas que, con el transcurrir del tiempo, suelen manifestarse en un estado de ánimo crecientemente visible. Puede recordarse, por ejemplo, como con los vientos democráticos de aquellos años (1985-1989), lograron surgir y hacerse visibles una serie de movimientos sociales y culturales (de derechos humanos, juveniles, barriales, comunitarios, ambientalistas, "alternativos") con una cierta autonomía hacia el sistema político; aunque la falta de imaginación y una práctica política que sólo parece admitirse a través de los clásicos canales institucionales de expresión, llevaron a su total desaparición o a una curiosa absorción por parte de sectores y de partidos políticos de izquierda (Perelli e Rial, 1986). Con esto se pudo visualizar y concretizar uno de los problemas y "desencantos" iniciales con el proceso de democratización política: el que se refiere a la clara incapacidad y los intereses prácticos de un sistema político que no encontró nada mejor que tratar de reacomodar la nueva situación social surgida del nuevo ambiente cultural y político de redemocratización en la normatividad e institucionalidad política pre-existente, en lugar de intentar generar una nueva normatividad para la nueva situación real de poder social (Krischke e Gadea, 2000).

Hagamos memoria: una de las señales más agudas de esto fue la propia campaña de represión policial durante el gobierno del presidente Julio María Sanguinetti (1985-1989), que a través de "razzias", detenciones indiscriminadas y un supuesto discurso de combate al consumo de drogas, consiguió generar en la población joven un fuerte descontento (Bayce, 1989). Si el clima político era de "apertura", en lo cultural no parecía tan visible, a pesar de una gran "movida juvenil" en torno al rock nacional. Si el movimiento político era un hecho, este trajo consigo una reconfiguración que procuró reafirmar las estructuras políticas tradicionales, las estructuras partidarias y alineamientos políticos de la pre-dictadura. Todo aquello que en apariencia transgrediera tal lógica era

simplemente ignorado o excluido y, en el mejor de los casos, reformulado dentro de una fuerza política en crecimiento, hasta el momento también crítica a esta lógica política e institucional: el Frente Amplio, la "izquierda política". Sustentado en el mito de una historia política estable, el sistema político uruguayo parte de un principio de regulación y orden normativo en el que sólo atribuye derechos representativos y de expresión a aquellos representantes elegidos a través de elecciones políticas nacionales. Así, todos los intereses sociales surgidos suelen definirse como grupos de presión clientelizables y deslegitimados, a no ser que se sometan a la "mediación" del partido político o del Estado.

Puede comprenderse que la denominada "apertura democrática" en Uruguay da sus últimos pasos en el año 1989, año del plebiscito para derogar la "Ley de Caducidad de la pretensión punitiva del Estado" (ley que permite amnistiar a militares y policías vinculados con los actos de violación a los derechos humanos durante el período del gobierno cívico-militar, 1973-1985). Este acontecimiento sentenció y reafirmó la histórica bipolaridad política del país. Como ya se sabe, el "voto amarillo" (a favor de la ley) triunfa sobre el "voto verde", y el debate concerniente a las características generales de la "re-emergente democracia" llega a su fin. La efervescencia social generada alrededor de la movilización en pro del "voto verde" fue paulatinamente dando lugar a una cierta calma con sabor a desencanto. Fuerzas sindicales cansadas y debilitadas, a pesar del crecimiento del nivel de conflictividad social, una "izquierda política" igualmente anestesiada y muchos jóvenes militantes entran en un clima curiosamente proveedor de frustraciones, nuevos deseos personales y la inevitable deserción cultural de los códigos constitutivos de un "ser nacional". Entrados los años 90, una creciente indiferencia política y la crisis de la militancia tradicional de izquierda son síntomas claros del nuevo ambiente político. Un respiro para los desmotivados ex militantes vino con el triunfo electoral en Montevideo del Frente Amplio. Crisis económica, gobiernos débiles e incapaces; así continuó la historia política-institucional hasta la actualidad.

Es cierto que la "izquierda política" uruguaya, simbolizada en el Frente Amplio, se ha transformado a fines de los años 90 en la fuerza política mayoritaria del país. Nuevos sectores políticos y sociales fueron sumando sus fuerzas, hasta la conformación de una ecléctica propuesta electoral que en la actualidad se resume en el llamado Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría. No hace falta reflexionar demasiado para entender que esta es una "izquierda política" diferente a la que se estaba acostumbrado a observar años atrás, abandonando viejos *clichés* y comportamientos políticos de confrontación directa hacia las "agencias del capitalismo mundial", como el FMI y el BID. Más pragmática y experiente, plantea políticas de inserción económica del pequeño país, de la mejor manera posible, en el contexto regional y global actual. Siendo la fuerza política actualmente mayoritaria, demostrando estar más madura para enfrentar las situaciones críticas del país, parece convertirse en la al-

ternativa política prácticamente única para la mayoría de los uruguayos, bastante angustiados y cansados ante todo lo que esté teñido con lo estrictamente político⁷.

Lo que se pretende resaltar es que la propia indiferencia política y el coadyuvante deseo por reducir la rigidez de la burocracia y enviar señales críticas hacia la institucionalidad política históricamente consolidada son factores que, entre otros, permiten ese crecimiento rápido de la "izquierda política" uruguaya, la identificación de muchas personas por interpretarla como la "alternativa menos mala" (a decir por muchos ciudadanos en las calles) frente a los otros sectores. Nada de "conciencia política" y militancia en crecimiento, y mucho menos de jóvenes "politizados", de jóvenes que se movilizan en torno a la agenda política de la izquierda en esos momentos. Quienes desde la propia izquierda creen en esto, todavía ven con ojos viejos contextos nuevos. Sí puede haber una percepción de la gente hacia el carácter más legítimo (con relación a sus propuestas y conducta) de los dirigentes de esta fuerza política, pero esto no quiere decir que haya sido, exclusivamente, la capacidad de convocatoria política y social lo que ha determinado el crecimiento potencial del electorado uruguayo de izquierda. La "izquierda política" llegó a convocar y a movilizar más adeptos en otros contextos históricos, si tenemos en cuenta una simple asociación con niveles de euforia colectiva y "encantamiento" político tal cual había sucedido en algunos pasajes del pasado. Por eso, ella debe, también, ser comprendida formando parte de ese clima social de "desencanto", que hoy representa el desafío más prometedor para la actual lógica política-institucional del país.

Ante esto, permítase plantear dos factibles consideraciones sobre la "izquierda política" uruguaya que solo pueden ser confirmadas con el transcurrir del tiempo histórico. Primeramente, que la actual "izquierda política" de Uruguay (cada día menos homogénea, a pesar de su deseo de unidad) es un claro "espacio de transición" en el sentido de agendar una cultura política verdaderamente diferente, en el cual los mecanismos de expresión política y cultural dejen de ser instrumentados y canalizados desde los aparatos institucionales y las prácticas políticas tradicionales. El "nuevo contexto" político-social encontrará nuevos desafíos, siendo el principal la capacidad de poder lidiar con nuevas construcciones discursivas y "mundos de vida", en ocasiones, profundamente autónomos de los diseños institucionales y políticos legitimados. Es-

7 Una de las tantas reflexiones recientes al respecto afirma: "(...) que el gobierno del FA –Frente Amplio– perdió el apoyo de los votantes de centro que en 2004 votaron al FA, por hartazgo y desencanto con los partidos tradicionales" (De Riz, 2008).

tará por verse en qué medida esta "izquierda política", hoy en el gobierno nacional, y que supo circular por los bordes del sistema político en los años 70 y gran parte de los 80, es capaz de sacudirse de la tendencia estructural a ejercer influencia en todas las formas de expresión social y cultural, capaz de simplemente ser un partícipe más de una nueva cultura política menos subordinada a la rigidez de la institucionalidad tradicional e histórica del país.

La segunda consideración parece situarse a contracorriente de lo que sería supuestamente observable (y deseable) de esta "izquierda política" (y de la cultura política en general), al no pretender olvidar un aspecto estructural del proceso político e histórico de este pequeño país. Por eso se reafirma, siguiendo los aprendizajes de Braudel (1978) acerca de los procesos históricos de "larga duración", que es posible suponer que esta "izquierda política" encarna la "continuidad político-institucional" del Partido Colorado. El Partido Colorado preció encarnar, bajo su segundo "mito fundacional" con el batllismo, los intereses de la amplia ciudadanía uruguaya, modelando una estructura social en cuya base se alojaba una amplia clase media de funcionarios, empleados de comercio, obreros de fábricas y profesionales. No obstante, como ya se pudo suponer, esta "áurea social-demócrata" no iba a persistir por mucho tiempo. Puede decirse que fue abandonada a su propia suerte en los años 60⁸, ocupando espacios que oscilaban entre los sindicatos de trabajadores, movimientos políticos de una cuantitativamente tímida "izquierda política" y, de cierta forma, entre algunos movimientos sociales que apelaron a la lucha armada para "tomar el poder" a fines de los 60 y comienzos de los 70.

Es siguiendo este razonamiento que al escucharse desde filas políticas de la actual izquierda que deben tomarse medidas que tiendan a reducir las desigualdades de ingreso salarial, las desigualdades en el acceso a determinados derechos sociales y la necesidad de una amplia reforma del aparato estatal (para hacerlo más eficiente, sin perder poder de incidencia en los destinos económicos del país), parece estar asistiéndose a un *continuum* histórico-temporal que transfigura al otrora Partido Colorado en el actual Frente Amplio. Obviamente, no son sólo discursos o iniciativas políticas concretas lo que permite afirmar que, en cierto sentido, el Frente Amplio es la continuidad del Partido Colorado en situaciones históricas diferentes. Es, también, el lugar que ha pasado a asumir en el repertorio político del país, tomando como suyo un espacio discursivo (antes ocupado por el tradicional Partido Colorado) que sitúa a la figura del Estado en el centro de sus inquietudes, intereses y perspectivas de fu-

8 El otro momento histórico que se recuerda haber encarnado esa aventura política fue durante el llamado "neo-batllismo", bajo la influencia política de Luis Batlle Berres (sobrino de José Batlle y Ordóñez) entre los años 1947-1958.

turo. Es de esta forma como el sistema político y la institucionalidad del libre juego democrático en el país consigue retornar a las fuentes que le dieron origen y fundamento: a una estructura político-partidaria que da seguimiento a "un ser nacional"⁹ que no encontró mejor cobijo que en la actual fuerza política de izquierda, en el ecléctico Frente Amplio. La bipolaridad política continúa vigente: desplazado a un tercer lugar en las preferencias del electorado, el Partido Colorado deambula en la búsqueda por una nueva identidad, inevitablemente perdida por quienes hoy han sabido captar el capital político y social histórico del país.

Sin duda, estas percepciones no pretenden agotar la discusión, y mucho menos ignorar las particularidades políticas de la izquierda uruguaya. Tan solo se pretende dejar en evidencia que hay elementos constitutivos de un "ser nacional", una matriz política histórica, que la propia izquierda ha tomado para sí y canalizado, de esta manera, los deseos dormidos en el imaginario del uruguayo en general. Por eso, se abandona la idea de que con la "izquierda política" se ha dado inicio a una especie de ruptura política e institucional en el país, sino que, muy contrariamente, se ha profundizado su matriz constitutiva, potencializando su conservadurismo político y cultural, y su excesivo ideal de seguridad, certidumbre y confianza en las instituciones políticas. Para eso fueron necesarios "nuevos mitos", los mitos de una renovación que permitirían la continuidad.

Fueron el contexto de su formación (inicios de los años 70), su quiebra de la bipolaridad política e histórica del país, su resistencia durante los tiempos de la dictadura cívico-militar de los años 70 y, de enorme significado, su actuación durante los años 80 en la denominada "apertura democrática" (con una renovación de la "cultura de la militancia" en el país) los factores en los que se asentaron las bases de una "mística" fundante de una identidad política y cultural compleja, densa (implica hasta una cotidianeidad particular – la barba, el mate, la "música popular", etc.) y sumamente auto-confiante. Es quizás por esto que puede comprenderse su actualidad todavía muy aferrada a su "mística del origen", apelando a clichés discursivos de más de 30 años y operacionalizando una memoria colectiva resguardada a cuatro llaves tal cual originada en los años 80 para así poder legitimar y explicarse su accionar cuando la propia realidad le "juega una mala pasada". Así, este "aferrarse" suele convertirse en aquello que no permite la continuidad de su auto-investido "espíritu de vanguardia" en el país actual, algo que la conduce a una crisis de gran significado.

9 Caracterizado por una alianza entre Estado y sociedad, con una sociedad política que se ha desarrollado a expensas de la consolidación de una sociedad civil activa y pujante.

Reflexiones finales

Realizando un simple análisis histórico, puede decirse que esta "izquierda política" no ha introducido cambios significativos en las culturas políticas de Uruguay y de Brasil. Sus agendas se vieron reducidas en este sentido. En Uruguay, por ejemplo, cerró, celosamente, los canales institucionales de expresión para aquellas "sensibilidades" que, materializadas por la "generación del desencanto" (jóvenes en los años 90, más vinculados con la "movida cultural", o auto-exiliados en prácticas desde la cultura), podrían haber aportado nuevas inquietudes y una nueva dinámica acorde a nuevas realidades políticas y culturales. Por ejemplo, ha tenido, y tiene, grandes dificultades con una agenda típica de los denominados nuevos movimientos sociales (con temas como el medio ambiente, el género, cuestiones culturales, etc.), esgrimiendo posicionamientos políticos de poco nivel de información sobre sus contenidos y preocupaciones. De hecho, tiene alergia en hablar de cambios culturales o de cambios de valores, inevitablemente obvios en tiempos de globalización de la cultura y contactos de todo tipo en la contemporaneidad.

Tampoco lidia adecuadamente con las organizaciones sociales sólidamente constituidas y que vienen actuando en diferentes ámbitos de la cultura del país: las considera "interesadas" y, por qué no, hasta contrarias a la cultura política que esta izquierda encarna. Infelizmente, esto genera una pérdida de mucha información acerca de la experiencia del contacto con grupos vulnerables y pasibles de políticas sociales por parte de algunos gestores políticos. Al mismo tiempo, tiene dificultades en lidiar con el creciente problema de la violencia urbana y su relación con el "mundo juvenil", presos de diagnósticos demasiado estructurales acerca de los conflictos y problemas generados por la desigualdad económica y social. La presencia policial en "barrios problemáticos" y la represión al crimen, entendidos como propios de una población que carece de valores sí encontrados en la supuesta ética de la militancia de izquierda (el esfuerzo personal y el trabajo, el respeto por lo colectivo en desmedro de la individualidad, los códigos de la civilidad arraigados en la "cultura amortiguadora" del país – que tiene pavor a que le pateen el "terno y el mate"), son ejemplos de ello. Pero también la consideración de que la participación política y social sólo sea prácticamente posible y legítima desde iniciativas e instancias políticas institucionalizadas, y preferentemente desde el propio Estado, se transforman en problemas de enorme significado. Esa percepción "verticalista", por más que se quiera encubrir con discursos que llaman a la participación y el debate, posee un potencial desagregador y fragmentador de consecuencias peligrosas.

En definitiva, esta "izquierda política", tanto en Brasil como en Uruguay, con sus prácticas, parece haber "colonizado" el espacio de la izquierda. Se auto-atribuye ser el espacio político de "vanguardia" y que, consiguientemente,

en su interior se encuentran las claves para emprender las soluciones concretas a los problemas del país. Desde su celosamente cuidada cultura política, no parece admitir que la "izquierda" es un "referente vacío", es un espacio político en movimiento, y que su plausible institucionalización no hace más que acelerar un proceso de declive y crisis. La "izquierda política" del país se había sustentado en una sensibilidad que asumió la diversidad, la pluralidad y el debate de ideas y posiciones como algo inherente a los cambios necesarios en la cultura política nacional.

Tal vez esto, todavía, muchos creen que se siga materializando en la actualidad. Sin embargo, la participación política, el debate de ideas y los diferentes "mundos de la vida" no pueden, ni deberían, subordinarse a una cultura política previamente institucionalizada y que sugiere que existen "moldes" a los cuales no se los puede transgredir. Por eso, cuanto más se crean mecanismos institucionalizados de participación, con reglas intrínsecas a su funcionamiento, más la ciudadanía le da sus espaldas. La "izquierda" debería comprender que la denominada "crisis de la militancia" actual no es una crisis de participación. Es una crisis de su "cultura de la militancia". No se conoce en la historia del país tanta "pertenencia" a grupos sociales y culturales, de voluntariado y de diferentes tipos de "ayuda", como en la actualidad. Siendo la "izquierda" un "referente vacío", resta para muchos "descolonizar" su espacio.

Referencias bibliográficas

- BAYCE, R. (1989). **Cultura política uruguaya: desde Batlle hasta 1988**. Montevideo: Ed. Fondo de Cultura Universitaria.
- BRAUDEL, F. (1978). **Escritos sobre a História**. São Paulo: Perspectiva.
- DE RIZ, L. (2008). "Uruguay. La política del compromiso". En: CASTILLO, R.; COSATA, J.; FLORES, E. **Cultura política y alternancia en América Latina**. Madrid: Ed. Pablo Iglesias.
- ESCUDE, C. (2004). "Hacia una Teoría Sistémica del 'Estado Parasitario': el Caso Argentino". In: **Serie de Documentos de Trabajo. Área de Ciencia Política**, N° 277. Universidad del CEMMA, s/l.
- GADEA, C.A. (2004). **Acciones colectivas y modernidad global. El movimiento neozapatista**. Toluca, México: Ed. Uaem.
- GADEA, C.A. (2006). "A crítica pós-moderna e os movimentos sociais". En: **Inclusão social, Identidade e Diferença. Perspectivas pós-estruturalistas de análise do social**. São Paulo: Ed. Annablume.
- GADEA, C.A. (2008). "O estudo dos movimentos sociais e a esquerda política na América Latina". En: **Caderno CRH**, Vol. 21, N° 54, Salvador (Bahía), Brasil.
- GADEA, C.A. (2010). (Entrevista) "Os movimentos sociais e o lulismo", En: **Revista do Instituto Humanitas - IHU, Unisinos**, N° 352, São Leopoldo, Brasil. Web-page:

http://www.ihuonline.unisinos.br/index.php?option=com_content&view=article&id=3680&secao=352.

- KRISCHKE, P. & GADEA, C.A. (2000). Novos movimentos sociais no Brasil contemporâneo: debate teórico e comparacoes históricas. **Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas**. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina, novembro - N° 10.
- LEIS, H.R. (2006). "A odisséia argentina". En: **Política & Sociedade**, Vol. 5, N° 9, Florianópolis.
- NAHUM, B. (1998, orig. 1975). **Historia uruguaya. La época batllista: 1905-1929**. Montevideo: Ed. Banda Oriental.
- PERELLI, C. & RIAL, J. (1986). **De mitos y memorias políticas: la represión, el miedo y después...**, Montevideo: Ed. Banda Oriental.
- RAMA, G. (1987). **La democracia en Uruguay. Una perspectiva de interpretación**. Buenos Aires: Ed. Grupo Editor Latinoamericano.
- RICCI, R. (2010). **Lulismo. Da era dos movimentos sociais à ascensao da nova classe média brasileira**. Brasília: Contraponto.
- RICO, Á. (2005). **Cómo nos gobierna la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura: Uruguay 1985-2005**. Montevideo: Ed. Trilce.